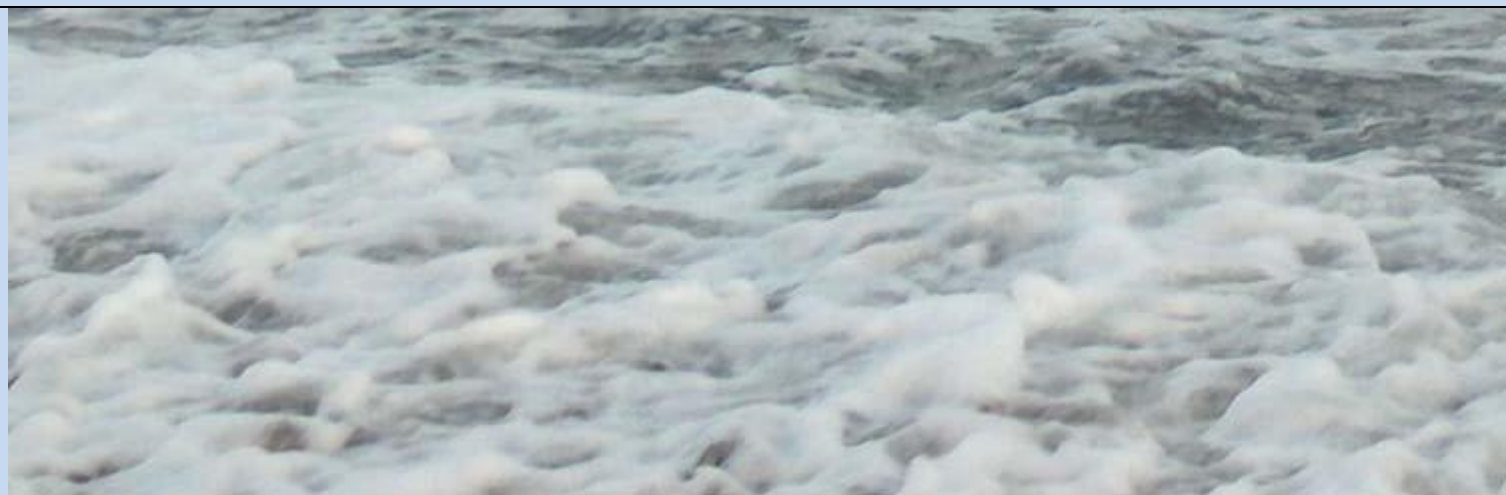


Escribir sin papel

Relatos fantásticos



CUADERNO DE VIAJE

Fernando Ruiz de Osma Delatas

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en [www.escribirsinpapel.es](http://www.escribirsinpapel.es)  
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



## CUADERNO DE VIAJE

Le gustaba trabajar para una compañía internacional, así podía visitar otros países. Es verdad que los viajes de trabajo tienen su parte aburrida, sus esclavitudes, no ser siempre libre de moverse por todas esas ciudades a sus anchas ni de coger el metro cuando quisiera o sentarse en un bar a tomarse una cerveza mirando al paisanaje sin tener en cuenta su reloj. También es cierto que ese reloj, de marca y de quilates, claro está, cada vez lo usaba menos: solo miraba la hora en el móvil y ahora el móvil (el reloj de bolsillo) era también agenda, recordatorio, álbum de fotos, buzón de correo y ventana de su vida por la que entraban cuando querían la voz de sus jefes, de sus secretarios, de sus subordinados, de todo el mundo. Te lo dan como un gran regalo y resulta que es una mirilla perfecta por la que te ven todos, hagas lo que hagas y estés donde estés. Y luego, claro, cuando ya circula por tu sangre el efecto adictivo de su uso, también es el agujero por el que ves a los demás, incluso cuando no quieres saber nada de ellos o cuando nada de ellos puede resultarte interesante.

Aun así, lo admitía todo con tal de disfrutar de esos viajes liberadores. Necesitaba muchas veces escapar unos días o unas semanas de su vida, de las personas cercanas, muy cercanas, de él mismo, de su imagen social, de lo que todos esperaban de él en cada circunstancia. Siete días en Asia, trece días por Europa, eso era todo lo que necesitaba de vez en cuando. Después volvía renovado. Se sorprendía de sentir que volvía a tener ganas de ser el de antes, el de siempre.

Le gustaba trabajar para una compañía internacional. Era su manera de vivir. Era la manera que había elegido para vivir. La manera de relacionarse consigo mismo y con todos los demás. También parecía que le gustaba esa vida a Silvia, sobre todo desde que volvió al periódico y ya no tenía que quedarse en casa sola tanto tiempo. La bellísima Silvia, una chica tan modosa pero tan atrevida, ¡cómo había sabido engañar –quizá engañar sea una palabra excesiva- a sus padres y sus tíos con su recato perpetuo y su facilidad para escandalizarse, en la misma medida en que había sorprendido a Manolo, que nunca se la esperaba tan lanzada! Esta sorpresa de los años de noviazgo fue lo que hizo que Manolo pasara de una aceptación de la esposa perfecta al deseo de descubrir una mujer con vida propia. Al principio solo supo ver a la chica jovial de falda por encima de la rodilla que se tomaba un biter cuando salían de misa. Bueno, él tampoco era ningún aventurero, parecía que ambos habían crecido para ser pareja. Luego fue encontrando una sorpresa tras otra, en los viajes que hacían, en las opiniones que compartían, en los gustos, en las propuestas de vida común. ¡Caramba, Manolo, cómo te dejaba atrás! Sabía

dejarte con los ojos abiertos como platos con solo hacerte una propuesta para el fin de semana, y tú te quedabas como un lelo, y tardabas en reaccionar, porque no sabías si era una trampa, si te apetecía, si estabas perdiendo comba, si tenías la ropa apropiada para hacerlo o si estabas, que lo estabas, deseando desde hacía tiempo proponer tú mismo algo parecido, pero nunca te atrevías. Y esos descubrimientos, esas, llamémoslas así, aventuras, que tus padres llamaban disparates, iban haciendo su trabajo. De aquel chico de quien decían eso de “se ve que la quiere mucho”, pasaste a estar enamorado de ella, a admirar a una mujer así. Y eso no te lo habían enseñado, como si no estuviera en los planes de estudio de la gente como tú, Manolo.

Al día siguiente, Manuel tenía que entrevistarse con un hombre de más de cien kilos, un gigante verdadero. Tenía una voz, sin embargo, aguda, que dejaba en ridículo aquel cuerpo de coloso. Se llamaba İlhan Bülböglü. Ya lo había tratado al menos en otras tres ocasiones, siempre en visitas de unas horas. Ahora, como tenía más tiempo, había pensado quedarse en Estambul más de un día. A lo mejor comía con Bülböglü, el gigante con voz de soprano. Era un hombre muy amable, a fin de cuentas. No parecía un director de empresa, más bien le pegaba ser dueño de una tienda de ultramarinos, de esos que saludan a los clientes con una gran sonrisa y que conocen por sus nombres a los hijos y a los nietos de todas sus clientas. Y ya ves, ese hombre de apariencia tan feliz era el director de la agencia nacional turca de la compañía en la que trabajaba Manuel. Una compañía internacional, como a él le gustaba decir.

Había estado una semana entera preparando estas reuniones, estos contactos, según la jerga profesional. Contactaban con los gerentes de las agencias subsidiarias por lo de la nueva línea de productos. Son productos dirigidos a un sector joven, preferentemente universitarios, aunque todos caben si están interesados en la tecnología. Y si no les interesa, pues se puede hacer que les interese, porque los nuevos productos van a arrasar entre el sector joven de la población. Especialmente en áreas de economía emergente, en las que no se nota apenas el efecto de la crisis y se vive un momento de expansión. Todo parece que corre a nuestro favor, ¿no crees, İlhan? İlhan creía lo mismo. Y si no lo creía, mentiría para que el representante de la marca lo viera como un hombre atento a la realidad económica y social. Total, ambos sabían que el sector joven de la sociedad no necesitaba en absoluto nada de lo que ellos les iban a dar, ni mejorarían nada, ni aprenderían nada, ni tendrían nada que ahora no tuvieran ya. Pero todo corría a nuestro favor, así que İlhan Bülböglü creía lo mismo. Era un poco desalentador comprobar que la preparación de los contactos fuera tan buena: en las sesiones con los psicólogos y los técnicos de Madrid habían previsto cada gesto, cada palabra, cada respuesta. Manuel sabía cuándo tenía que reír, cuándo tenía que mostrarse serio, cuándo tenía que hablar lento y cuándo rápido. Y sabía qué haría el otro, los otros. Sabía también que en el despacho de Bülböglü olería a

perfume infantil, porque antes de comenzar la conversación, un secretario delgado y casi completamente calvo, de unos veinticinco años, iba a verter (y vertió) amablemente un chorrito de colonia en las palmas de Manuel y de Ilhan. Y ellos se frotaron antes de chocar las manos. Una costumbre turca que agradaba a Manuel sin que supiera decir por qué. Y sabía que el gigante le ofrecería un vasito de te negro turco, que el mismo secretario trajo y dejó sobre la mesa con media reverencia. Todo tal y como lo habían preparado. Estos del departamento de psico son muy buenos, pero son unos revientacuentos. Los odio, los odio, siempre me hacen lo mismo. ¡¿Podrías dejarme por una vez que viviera yo mi vida, enterados de mierda?! Pero ya es la hora de comer, llegó el momento de salirse del plan. Ilhan tendría probablemente otros planes, quizá familiares, en todo caso mucho más atractivos. Pero no podía negarse: el señor Planas ha venido desde Madrid para hablar con él y no puede dejar que coma solo.

En el restaurante de Galatás conocían a Bülboglu. Los sentaron en una mesa separada, junto a una vidriera con vistas al paso incesante de embarcaciones mayores y menores. De la nada surgió un camarero con dos vasitos de raki. De otra nada surgió otro camarero con dos ejemplares envueltos en piel de la carta de la casa. Y desde la nada se oyó la voz del maitre que les recomendaba dos o tres platos. Su presencia, aunque estaba allí, junto a ellos, era leve. Qué profesionalidad. En la carta había una separata con un listado de pescados que tenía una viñeta con el dibujo del pez y su nombre en turco y en otros seis idiomas, incluido el español. Tenía más de veinte variedades y Manuel se quedó por un momento absorto viendo aquello, aquellos nombres en tantos idiomas, comparándolos, descifrando grafías desconocidas. Concluyó que el holandés es el idioma más difícil a simple vista, por encima del ruso y del griego, a pesar de que no pudo interpretar nada de alfabeto griego ni del ruso. Pero notó que le esperaban y se avergonzó un poco, así que al final se dejó aconsejar por Ilhan sin llegar a tomar ninguna decisión. Seguro que todo estaba muy bueno. Ilhan le dijo al maitre algo que sonó así como “lo mismo también para él”. Cerraron las cartas, el maitre las recogió y desapareció sin que se advirtiera el movimiento de sus piernas.

No era lo mismo, no. Ilhan comió carne y Manuel comió pescado.

Lo que no esperaba Manuel era que el jefe de una sección delegada de su empresa internacional, un hombre de negocios, un ejecutivo, tratase durante una comida casi de trabajo de temas personales. Y eso ocurrió desde el primer momento. Ilhan entendió que esa invitación a compartir un tiempo fuera del despacho era también una invitación a profundizar en la relación personal. Así que desde el comienzo habló de su familia, sus gustos, sus aficiones, sus ideales políticos..., sobre cualquier tema que Manuel habría considerado casi secreto íntimo. Pero cada vez que trataban un tema nuevo, cada vez que la conversación cambiaba de carril y tomaba una dirección distinta, Manuel comprendía que no había nada de secreto en decir todo aquello sin rubor, sin

la sensación de estar abriendo la puerta de la casa a un desconocido. No percibía aquellas declaraciones como una pérdida de poder o de posición relativa frente al otro. Así que se dejó llevar y también habló de sus padres, de su juventud, de sus gustos sobre comidas, sobre fútbol, sobre todas las cosas de las que hablaron mientras saboreaba aquel pescado exótico preparado de una manera sorprendente.

Bülboglu enseñó a Manuel Planas una foto de su mujer. Dos fotos, para ser precisos: una reciente, en la que se veía a la esposa en unas vacaciones de hacía un año; y otra en la que pudo ver a una mujer de veinticinco o treinta años, una foto que a todas luces parecía más antigua, desvaída, con un peinado demodé y una ropa que perteneció a la moda de años atrás. Manuel correspondió con halagos, que eran sinceros, todo hay que decirlo, porque la mujer de Ilhan era una mujer muy guapa. Él lamentó no tener ninguna foto a mano de su mujer, de su Silvia, ni antigua ni reciente. Mentira y gorda, porque podía haber desplegado ante el turco varios álbumes completos de fotos en su teléfono-agenda-radio-reloj. Pero no estimó conveniente ni apropiado enseñar fotos de Silvia más de un mes después de que ella lo hubiera dejado. Por un segundo cruzó su memoria el recuerdo de las amargas palabras que ella dijo durante más de dos horas mientras él no pudo encontrar ninguna en todo aquel tiempo. Tampoco ahora podría haber contestado nada. Así son las cosas, cuando menos te lo esperas resulta que te dan la sorpresa de tu vida. Tu mujer se va a vivir a otro lado, Manolo, y tú no te habías enterado de nada, no previste que podía llegar ese momento, no interpretaste correctamente las señales que ella llevaba meses y meses transmitiendo. “Me voy, Lolo. Es lo más sincero que puedo hacer ahora. Se ha acabado, yo lo siento así. Se acabó hace años, pero no lo hemos querido admitir, ni tú ni yo.” Y decía todo esto entre lágrimas. Y tú, idiota, mirando al suelo a ver si aparecía una frase entre las baldosas que te explicase la razón. La razón, las razones te las estaba dando ella, y tú mirabas al suelo. Y no se te ocurrió nada mejor que preguntarle que dónde iba a vivir. Eres un imbécil. Va a vivir en cualquier otro sitio, imbécil. No, no era conveniente ni apropiado enseñar la foto de tu ex-mujer cuando el otro te enseñaba las fotos de su mujer. Habría sido un acto más absurdo y ridículo que la cara que debías de tener aquella mañana. Luego ella preparó una comida. Comió sola y se despidió con un beso en la mejilla. Y Manuel, perdido entre ruidos que solo él oía, se comió a solas su plato de comida y se sentó a ver la tele. La cara ridícula y absurda te debió de durar más de una semana, Manolo.

Pero recompuso su figura, aquellos recuerdos solo duraron un segundo, dos como mucho. Bülboglu ni lo notó. A lo mejor pensó que era raro que no llevara fotos de su mujer y lo interpretó como señal de que Manuel usaba los viajes de trabajo para vivir aventuras con amantes o con amigas ocasionales. Sus ojos se detuvieron esos mismos dos segundos en la mano de Manuel, que tocó el móvil inconscientemente, porque en él estaban las numerosas fotos de

su esposa, de su ex-esposa, de joven y de mayor, en fiestas y en vacaciones, como corresponde a una familia como la suya, como Dios manda. Los ojos negros de Ilhan, detenidos sobre la mano y el móvil de Manuel, puesto como si nada sobre la mesa, esperando noticias, vieron que la pantalla del aparato se iluminaba al contacto del dedo y se volvía a apagar. Bajo sus ojos, una sonrisa complaciente, inútil. Reparó en la falta de alianzas y pensó lo de las aventuras. ¡Aventuras Manolo, que no podía imaginar su vida fuera de su vida! La peor infidelidad que podía cometer eran estos viajes, estos hoteles y estos hombres de negocios que hablaban de negocios, de líneas de productos y de políticas de personal. La peor infidelidad era el apartamento, la dejadez, la soledad. Por eso era aún menos comprensible que Silvia se fuera. Y como no había nada que reprochar, tampoco hubo nada que justificar, así que no había defensa posible, ni argumentos para la reconsideración de la propuesta: se iba y se iba, nada más.

Pero el recuerdo triste duró solo un segundo, a lo sumo dos. Siguió la charla mientras acababan el postre con el café. El gigante de voz aguda ya no tenía la voz tan aguda ni era tan gigante. Los chicos de psico no habían considerado la posibilidad de entablar con él una mínima relación personal. Ahora ya no me parece tan hostil, tan enemigo, es un ser humano. Os he ganado esta vez, psicologistas. Nos daremos la mano, nos abrazaremos, nos despediremos hasta otra ocasión. Y sí, hubo esa despedida. Pero no llegó aún, sino después de un corto paseo cerca de la ribera del mar. Compararon costumbres nacionales y se rieron a gusto. Eso sí, guardando siempre una reserva de educación y de decoro. Noemí habría dicho que parecían el gordo y el flaco. Y no le habría faltado razón. Cuando llegó el abrazo, el coloso Bülboglu envolvió a Manuel entre sus brazos de gigante por un pequeño instante.

Manuel Planas tuvo que contener un asomo de emoción.

Mientras volvía al hotel, pensaba si esa emoción se debía a la charla amistosa con Bülboglu o a los recuerdos. El cerebro nos sorprende siempre con estos actos de indisciplina: parece que lo tiene todo a sus órdenes, pero de repente se deja transportar por un tobogán, cae en un pequeño abismo de nostalgia, de alegría, qué sé yo..., de emoción, sí, de emoción. Y luego se pasa un buen rato intentando retocarse el peinado y atacarse la ropa, buscando una explicación lógica a lo que él sabe perfectamente que no es lógico. El cerebro se burla de uno con frecuencia. Manuel pudo sentir la sonrisa cínica de su cerebro cuando sopesaba la terrible cuestión de si esa emoción que sintió se debía a la charla amistosa con Bülboglu o a los recuerdos. Los mismos recuerdos que habían creado en su dispositivo móvil de última generación una carpeta nueva en la sección de favoritos hacía más de un mes.

Después del abrazo entre los dos hombres, Manuel hizo ademán de pedir un taxi, pero enseguida bajó la mano y explicó a Ilhan, aunque éste ya se alejaba, que prefería ir andando hasta el hotel. Ilhan movió la cabeza de arriba

a abajo, con su sonrisa amable de comerciante de ultramarinos, y levantó la mano para hacer un último saludo a su jefe de área. Quizá no llegó a entender lo que le estaba diciendo Manuel. Y Manuel se echó a andar sin tener ni idea de cómo llegaría al hotel. No le importaba, tenía una tarjeta en su bolsillo, así que llevaba garantizado el regreso en caso de extrema urgencia o de extravío completo por los barrios de Estambul. Caminó hacia donde él creía que estaba la zona del hotel. No tenía prisa. Como decía siempre Lola, nunca tenía prisa. Lola siempre tenía prisa, siempre la esperaban o había llegado ya la hora. Entonces Lola se enfadaba durante unos minutos porque nadie tenía tanta prisa, especialmente Manolo. Hacía ya años que Manolo procuraba hacer como que no se daba cuenta del enfado de Lola. Dejaba que Silvia o Inocente hicieran el trabajo de fingir que la comprendían y de ponerse manos a la obra con decisión y apresuramiento. Inocente y Lola eran los amigos perfectos, la pareja con la que tu pareja se compenetra para todo. Hacía ya bastante que no sabía nada de ellos. Dobló una calle, para acercarse al mar y para dejar la avenida, no le gustaba el ruido que había allí. Entrevió entre las casas el azul oscuro y se dirigió hacia él, sin saber todavía si eso lo acercaba a su hotel. Daba igual, porque tampoco sabía si quería ir a su hotel. Al final siempre se acaba en el hotel, solo, viendo programas de televisión en lenguas que no entiendes, tomando una cerveza en la cafetería, leyendo la prensa en internet. Eso es lo peor de los viajes, la vuelta al hotel. Hay en ello una falsa sensación de libertad, de independencia. Te parece que has conseguido un hermoso momento libre porque nadie te dice lo que hay que hacer ni te pregunta qué vas a hacer, pero en realidad lo que tienes es el primer minuto de un par de horas de aburrimiento. Luego te duermes en la cama sin que haya una frontera entre el día y la noche, sin saber por qué te duermes, más allá de saber que es ya tarde, algo demasiado fácil porque consiste solo en mirar el reloj. Por eso no tenía prisa, Lola tenía razón. Hacía ya bastante que no sabía nada de Inocente y Lola. Ni una llamada, ni un correo, nada. Nada desde que Silvia se fue de la casa, ya hace dos meses casi. Cuando alcanzó la ribera, se dejó llevar otra vez por el sentimiento de alegría que sintió el día que le comunicaron que iba a hacer este viaje. Estaba bien esto de trabajar para una compañía internacional: haces muchos viajes. Además había conocido a un hombre de verdad. Aquello se estaba pareciendo cada vez más a una aventura. ¿Era eso una sensación de libertad? Sí, claro que era eso, porque era libre. Por eso no tenía ninguna prisa, como los hombres libres. No tenía prisa, Lola, porque era libre. Pero ¿por qué no había tenido noticias de Inocente y de Lola? A lo mejor estaba relacionado con la separación. Cuando una pareja se separa, incluso entre los adolescentes sucede así, los amigos se reparten entre uno y otro, no cabe la neutralidad. O estoy con uno o estoy con otro. Pero Inocente al menos podría haber llamado. Comprendo que Lola no tardara en tomar partido por Silvia, pero al menos Inocente podría haber tenido dudas, podría haberme llamado a preguntarme. Yo soy el que ha sido abandonado. Se crecía su sensación de

libertad, nada de caer en el victimismo. Si nunca tengo prisa, Lola, es porque soy un hombre libre la mayor parte del tiempo. Inocente podrá explicártelo mejor luego, cuando estéis ya en vuestra casa. Y así caminaba cruzándose con cientos de personas que no reparaban en él. Por eso también se sentía libre.

Inocente y Lola eran una pareja ideal. No como pareja, eso nunca se sabe, los secretos de alcoba tienen un nombre especial por algo. Son la pareja ideal como personas, como amigos. Mil veces se quedaron con Noemí, cuando era un bebé y aun después, con pocos años. Cada vez que Manolo y Silvia tenían que salir los dos a la vez, juntos o por separado, nada de canguros ni de abuelas: Lola está siempre dispuesta. Noemí, cuando era pequeña, quería con locura a Lola. Ahora ya no es igual, tiene veintiséis años y quizá ve a Lola, a Inocente, a Silvia y a Manuel como gente en declive, los que han pasado la cima y se precipitan hacia el abismo del otro lado, tanto físico como moral. Noemí es un juez severo cuando juzga a sus padres y a los amigos de sus padres. Algo de Lola le ha quedado en el carácter, esa severidad juzgando a los demás, como cuando Lola reprocha siempre a Manolo que no tiene prisa. Decididamente, Lola y su marido se han quedado en el lado de Silvia, no hay nada que hacer.

De una pequeña mezquita sale un canto que llama a la oración. No es una voz humana, es un megáfono que podría estar lanzando al aire de la ciudad la voz de un hombre o la grabación de un disco. Es imposible distinguirlo. Y al mismo tiempo se oye un canto similar, más humano éste otro, que viene de otra torre más alejada. El sonido es hipnotizador. Manuel detiene sus pasos y escucha lo que no entiende, subyugado por una música imposible de ignorar. De dos sitios a la vez, esa música, distinta en cada caso pero igualmente hipnótica, agarra la voluntad y hace comprender al pobre navegante que habría dado su vida si lo hubieran soltado del mástil y lo hubieran dejado nadar hacia las sirenas.

Sigue caminando con el recuerdo de la llamada a la oración. Pero lo mejor es descubrir en la perspectiva, lejos, una de las grandes mezquitas. Manuel no pudo dejar de dirigir sus pasos hacia ella, entrar en ella, dejarse llevar hacia dentro de ese espacio inmenso, ese universo vacío de cosas. En ese templo no hay distracción, solo viven la divinidad y los hombres mirándose cara a cara, sin poder apartarse la mirada. Hombres desperdigados rezan sin que se sepa qué están mirando. Unos de rodillas, otros sentados en el suelo, alguno de pie. Otros, sin embargo, charlan. Manuel se apoya en una columna y permanece unos minutos observando ese cosmos ordenado en el desorden, ese caos con estructura de rezo.

Al salir del templo siente sed.

La tarde de junio está llegando a su final. No quedará más remedio que llegar al hotel.

La empresa internacional para la que trabaja es una empresa americana, fabrica artefactos electrónicos de distintas dimensiones y con fines



distintos. Hacen componentes para máquinas mayores, como plantas solares o plataformas oceánicas. También hacen elementos que luego los alemanes incorporan a los motores de sus coches. Pero Manuel se ocupa del pequeño aparato: cosas que cualquiera tiene en su casa y que utiliza para pasárselo bien. Eso o algo parecido dice la publicidad de la marca. La empresa americana tiene una filial comercial en Madrid que se encarga de llevar sus productos por Europa, aunque llaman Europa a un espacio que incluye el Norte de África, Rusia y –Dios sabrá por qué– Irán. Además, claro está, los países de Europa propiamente dichos. Luego hay otras sedes que se encargan de zonas más reducidas, como la de İlhan Bülböglü en Estambul. Él lleva la zona este, incluido Irán.

Manuel está contento de trabajar para una compañía internacional porque eso le permite viajar y viajar es lo que más le gusta. Así que ahora quiere disfrutar de sus pocas horas libres en Estambul. Camina hacia la habitación de un hotel en el que ya lo conocen por otras veces que ha estado allí. La tarde está tibia. A lo lejos distingue a dos mujeres, una con pañuelo y la otra sin él. La que no lleva pañuelo tiene en sus brazos un niño de pocos años que parece que se ha quedado dormido sobre su hombro. Fíjate, Manuel, igual que Silvia aquella vez que llevaba a Noemí sobre sus hombros, dormida, cansada, cuando fuisteis a ver al hermano de Silvia a Zaragoza. Tú paseabas, como ahora. La viste llegar hacia ti y el corazón se disparó como si fueses un adolescente. Bonito momento, ¿lo recuerdas? Claro, también a ti te lo ha recordado esa mujer. Ahora, pasando a su lado, ves que no se parece tanto a Silvia. Pero de lejos sí. Van hablando las dos mujeres, cargada una con su hijo y la otra con su pañuelo. Irán a su casa, seguramente. Manuel también tenía una casa.

El proyecto de la casa era lo último que habían hecho Silvia y Manuel juntos. Habían tardado tres años, casi cuatro, en verla ya construida. Todo al gusto de ellos. Casi diría que al gusto de Manuel, que para todo esto es más maniático.

Una parcela de las afueras de El Escorial, en plena sierra. Había sido cara, sí, pero había merecido la pena. Por lo menos cuando tomaron la decisión. Ahora ya la tenían, por fin podrían disfrutar de todo lo que tanto habían deseado, una piscina, un jardín no muy grande, hasta un bancal de huerto. Todo modesto, pero qué bonito. Y sobre todo, la tranquilidad, no tener que ver a nadie si no lo querían. ¡Qué gusto, la tranquilidad! Es, lo sabe todo el mundo, el ideal de mucha gente. También de Inocente, que se estaba pensando si comprar algo cercano para poder edificar también ellos una casa similar. La casa de ensueño en una vida de ensueño.

Por lo menos, ahora que estaba solo, sin Silvia, aún tenía la casa nueva. Ese consuelo le quedaba.

Sube a la habitación y duérmete, Manolo. ¿Qué más esperas ya de este día? Sin hambre, sin ganas, sin tiempo, ¿qué más crees que habrá hoy?

Subió a la habitación y se durmió. No había nada que esperar de aquel día. Además ya no le quedaban ganas de hacer nada después del paseo. Y no tenía hambre ni la tendría ya hasta el día siguiente.

Al día siguiente debía tomar un vuelo a media mañana con dirección a Vilna, en Lituania. Esta era la parte nueva del viaje, porque nunca había estado en esa ciudad. Era una subdelegación que la empresa acababa de abrir para organizar las ventas en la Europa del norte y en algunas zonas de Rusia. Los chicos del departamento de personal y de psicología no habían podido decir gran cosa de ese encuentro: vanas generalidades, basadas en datos demasiado formales.

Ahora, en la cama, un momento antes de quedarse dormido, Manuel notó un cierto gusanillo de curiosidad ante la zona más aventurera del viaje. En su mundo podíamos llamar aventura a algo tan normal como un encuentro de trabajo con alguien que no se conoce y de quien no se sabe cómo va a actuar.

Por la mañana, como madrugó mucho, tuvo tiempo más que de sobra para todo. Desayunó con deleite, preparándose sus tostadas en el bufé del hotel, eligiendo las piezas de fruta. Al acabar, repitió una taza de café. Dejar pasar el tiempo era algo bonito aquella mañana. Pergeñó el informe de su encuentro con Bülboglu en la misma mesa del desayuno, en el ordenador, retirando su taza y sus platos, como si fuera el postre. Un buen hombre, este Bülboglu. A pesar de que la oficina que llevaba no era todo lo eficiente que se le pedía, sin embargo no podía hacer un informe malo sobre él. Quería a este hombre.

¿Cómo sería el director de la agencia en Vilna? Su hija le había dicho hacía años algo que podía aplicar a su duda presente: “La gente es hoy de una manera, pero mañana puede ser de otra manera”. Era la reflexión de una niña de diez años, era algo infantil, pero era cierto. Todos somos así, cambiantes. No se trata de cómo será esta persona, sino de cómo me irá con ella en mi reunión de mañana.

Noemí siempre había tenido esa vena reflexiva, como si quisiera analizar el mundo por dentro y por fuera siempre. Y además sentía la necesidad de decirlo en voz alta, de comunicarlo. Y siempre se buscaba amigos así, raros. Sus amigos eran como hipis, bohemios, no sé, algo distintos de los demás. Por lo menos distintos de todos los amigos que siempre habían tenido Manuel y Silvia, que eran tan ordenados en todo, como ellos mismos. En cambio Noemí siempre tan excéntrica. Silvia decía siempre esa palabra, *excéntrica*. Excéntrica ella, excéntricos sus amigos, excéntrico su mundo. Silvia siempre le criticaba a la niña la excentricidad, que achacaba, sin dudar nunca, a cierto infantilismo, como que Noemí nunca dejaba de querer llamar la atención, igual que un niño. Esto era motivo -¿te acuerdas, Manolo?- de peleas permanentemente. Una indicación de la madre, la hija que no seguía su consejo, fingida sorpresa por parte de la madre, fingido escándalo de la hija ante esta muestra de intromisión en su mundo, palabras de reproche, me voy, oye, oye, me voy, adiós. ¡Pero

cómo la quieres! Noemí debe ser la persona que más admiras, Manolo. Sois tan distintos que ella debe de representar todo lo que a ti te gustaría ser. Incluidos sus fingidos desprecios.

O casi fingidos. ¿Cuánto hace que no la ves, que no hablas con ella? Demasiado, en todo caso. Puede que haga ya seis meses. No, más, puede que la última vez que hablaste con ella fuera... sí, fue en octubre. Hace ya ocho meses. En todo caso, demasiado tiempo, Manolo.

Al colocar la maleta sobre la cinta en el mostrador de embarques de la compañía aérea, Manuel sintió una leve pero muy desagradable sensación. Le recorría desde la garganta hasta el fondo del estómago, subía y bajaba. Era como un cosquilleo, un gusanillo. Esta sensación, que era puramente física, venía acompañada, y esto era lo más desagradable, por una idea de ridículo o de vergüenza. De repente sentía como si estuviese donde no debía estar, como si cualquiera pudiera ahora reprocharle algo. Dicen algunas mujeres que si no llevan puestos sus pendientes se sienten como desnudas y no soportan salir a la calle sin esos pendientes, porque creen que todos las miran y ellas no pueden protegerse de esas miradas. Lo que sienten debe ser algo así, algo así como esto que siento yo ahora. Qué tontería, qué tonto soy, así sin más, sin que nada haya pasado. De golpe, qué mal me siento. Necesité volver al mundo real, como dicen, volver a intercalarse entre toda la gente de aquel aeropuerto atiborrado de pasajeros y de tiendas. Se sentó entre dos enormes señoras que esperaban mientras sus maridos arreglaban papeles, privadas así de actuar entre los demás, y privadas de la vista de los demás por su ropaje. Se sentó entre ellas y él también pasó desapercibido, pero pudo volver a recomponerse la corbata, a escuchar los distintos idiomas, a oler la mezcla de hombres y perfumes. Se levantó. Caminó con su bolso de mano colgado de un hombro. Se dejó seducir por un vendedor de delicias turcas a precio de oro. Caminó aburrido por los laberintos del aeropuerto hasta llegar a la puerta de embarque. Entró en el avión. Ocupó su asiento junto al pasillo. Nada más despegar, les sirvieron un café suave. Después se durmió.

La reunión con el director de la agencia del norte era al día siguiente. Pero al llegar al hotel intentó salir a dar un paseo y no llegó muy lejos. Para empezar, hacía un frío excesivo para la ropa y el ánimo de Manuel. Además, aunque era de día, las nubes espesas dejaban un cielo plomizo, como si al poco tiempo fueran a encender las luces y la noche fuera a caer. Volvió al hotel sin intentar buscar un lugar donde cenar. Cenó en la cafetería del propio hotel, una ensalada y un exquisito sándwich de jamón con tortilla. Había un salón de televisión, algo que ya no queda en los hoteles hoy en día. Desde que en cada habitación hay un televisor, ya no dejan un espacio común para ver la televisión. Pero Manuel recordaba momentos muy agradables en esos salones, llenos de personas solas que hacían tiempo hasta meterse en la cama. Y en los hoteles del extranjero, mejor, porque no entendía nada de lo que ponían por la tele. Pero uno se tomaba un whisky, otro se fumaba un puro, otro se volvía y

hacia comentarios, dos entablaban una conversación en voz baja para no molestar... Sonrió cuando vio el cartelito que dirigía al TV ROOM. Allí pasó más media hora. Por camaradería de solitarios, habló con dos mujeres rumanas profesoras de matemáticas que asistían a un congreso internacional. Comentó con ellas un sinfín de temas de actualidad y pusieron a prueba los respectivos conocimientos que tenía cada uno del otro país. Pasaron a la cafetería para tomar un licor antes de dormir. Al final, se despidieron hasta el día siguiente si tenían de nuevo ocasión de ir a ver la televisión.

El señor Kurihara era alto, delgado, elegante (casi relamido), serio y muy soberbio. Y era japonés, sí, tal como su nombre indicaba. Nadie sabía en Madrid por qué habían contratado a un japonés para la oficina de Vilna, pero era así. Incluso había una parte de los del departamento de personal que pensaba que el apellido Kurihara sería lituano. Pero no era lituano, sino japonés.

Manuel no estuvo cómodo con él en ningún momento. Parecía que Kurihara no comprendía la necesidad de aquella reunión, que pensaba que habría bastado un pdf o como mucho una vídeo-conferencia. Daba la impresión de estar fastidiado por tener que perder el tiempo con este español. Por lo menos Manuel pensó eso. Lo dedujo de la falta de sonrisas, de la manera cortante de hablar. Había mucha corrección, había incluso una pequeña reverencia inicial, mucho *mister* Planas por aquí y por allí, mucho preguntar por el hotel y por el vuelo. Pero no había sonrisas de verdad. Incluso llegó el momento en que Manuel empezó a correr más de la cuenta, olvidando las recomendaciones de los de psico, para acabar cuanto antes. Hasta que recapitó y entendió que no era él quien tenía prisa, y que si el otro tenía prisa, que se aguantara. La compañía había dicho que las agencias centrales visitaran a los centros periféricos y él estaba cumpliendo con su trabajo. Así que a escuchar todo el catálogo de nuevos productos y de nuevas líneas de promoción. Además, había detalles específicos para aquella región que, no lo olvidemos, señor Kurihara, incluye una zona como Rusia, amplia y con poca proliferación de los productos de las empresas de la competencia. Por eso la compañía tiene previstas unas actuaciones especiales que incluirán el patrocinio de eventos muy populares entre los rusos, tanto de índole deportiva como espectáculos de danzas folclóricas. Por eso, señor Kurihara, es de gran importancia que la agencia de Vilna haga un esfuerzo suplementario en la introducción de los nuevos productos en toda su área de influencia, y especialmente en Rusia. Pero Kurihara escuchaba sin mirar, releía una y otra vez el folleto más somero, sin dirigir la vista al catálogo completo. Y cuando comenzó la presentación en la pantalla, no pestañeó. Manuel pensó que se había quedado dormido con los ojillos abiertos. No preguntaba, no comentaba, no daba señales de estar vivo.

Por supuesto, no hubo ni café, ni agua, ni nada de nada. El maldito Kurihara, cuando comprendió que llegaba el momento de la despedida, volvió a

ponerse su americana, se levantó y comenzó de nuevo la salmodia de parabienes, despedidas y deseos de buen regreso. No acompañó a Manuel más allá de la puerta de su despacho.

Las dos secretarias que trabajaban en el antedespacho lo vieron e inmediatamente una de ellas se levantó y quiso acompañarlo hasta el ascensor. Manuel quiso entender que las secretarias le estaban diciendo que ya se imaginaban lo que había pasado, que vaya cruz les había caído con el japonés, que desde que estaba él, el trabajo en aquella oficina era un infierno, era un cementerio. Pero a lo mejor eso es lo que quiso entender Manuel y la chica no tenía esa intención. Nunca podemos estar seguros de lo que piensan los demás. Al fin y al cabo, la chica solo tuvo un gesto amable adornado por unas pocas palabras de cortesía.

Al salir a la calle, Manuel tomó una amplia bocanada de aire frío. Se detuvo en la acera, justo delante de la puerta del mismo edificio en el que estaba la oficina de la empresa. Necesitaba pararse un poco, pensar, hacer el recuento de todo lo que quedaba en su interior, lo bueno y lo malo. Tenía una parte del ánimo llena de optimismo, porque había terminado su entrevista, había cumplido con su trabajo, tenía ahora unas horas libres en una ciudad que no conocía. Pero otra parte estaba envenenada. Maldito Kurihara, pensó. Por su culpa, por su actitud displicente tengo dentro este mal sabor. ¿Cómo podrá ser que haya personas cuya sola conversación tenga el efecto de dejarle a uno malhumorado? ¿Será así siempre, en su casa, con sus amigos, jugando a los bolos en la bolera? Si es que los japoneses juegan en las boleras, claro, porque no tengo ni idea de cómo son los japoneses. Sé cómo es este japonés. Venga, Manolo, entra en una cafetería, pide algo y tranquilízate. No te hagas mala sangre: después de todo, la entrevista se ha celebrado y ya les has informado de todo lo que tenías que informarles.

Pero aún media hora después, cuando estaba sentado en una cafetería de estilo vienés, cuando se echó a los labios una taza alta llena de café con chocolate bien espumoso, cuando notó el excelente gusto dulce y amargo, aún entonces formulaba su mente el mantra de la mañana: ¡maldito Kurihara de mierda!

Desde las cristalerías del café veía algunas mesas ordenadas en la calle esperando a que algún cliente las ocupara, pero hacía demasiado frío para eso. Más allá, estaba la calle, una preciosa calle del centro de Vilna. Al detener su atención en un joven que pasaba, reparó en lo hermosa que era esa calle. De golpe advirtió que se encontraba en una ciudad bellísima. Al menos, ese centro en el que estaba podía compararse a otras ciudades de Europa que están atiborradas de turistas. Y esta contaba para Manuel con la ventaja de que no tenía turistas o no se dejaban ver. Sintió un deseo irracional de que Silvia estuviese allí con él, disfrutando de ese café, de esa calle, de esa ciudad. Con Silvia cerca, el efecto Kurihara no habría existido. Tenía la peculiaridad apotropaica de alejar las malas sensaciones, cuando provenían del mundo

exterior a ellos dos. ¿Cómo ahora era ella la que había convocado a todos los malos espíritus y había decidido abandonarlo? Lanzó una red imaginaria al mar de sus recuerdos del último año, buscando alguna señal que no vio, algún gesto, algún enfado que no interpretó correctamente. Nada. Nada de nada. Todo había sido como siempre, como desde hace años.

¡Ay, Manolo...! No te enteras de nada. Eso mismo es lo malo. Como desde hace tantos años, todo sigue igual. Atrincherado en tu cómoda normalidad, no quieres ver que todo necesita cambiar para poder pervivir. No hubo enfados ni reproches porque no había nunca razón para ello, porque nadie se enfada cuando vive en un cementerio. Basta con esperar la muerte. Hasta que un día te cansas, despiertas, no quieres. No esperaré a la muerte más, que sea la muerte la que espere. Te levantas, te desperezas, te sacudes el sueño que te queda y te echas a andar por el nuevo día con otro cuerpo renovado. Y tú eras ese poco de sueño que le quedaba a Silvia, así que se sacudió y tú caíste fuera de ella.

No está claro que lo hayas comprendido todavía, Manolo. A lo mejor sigues hablando con las sombras para preguntar qué ha pasado.

En aquella cafetería estaba a gusto. Decidió comer allí mismo. Una especie de plato combinado con varias especialidades locales, todo muy bien puesto y muy adornado. Y todo delicioso también. Cuando terminó su comida llevaba sentado en la misma silla dos horas. Dos horas mirando por la misma ventana a los grupos de personas que pasaban sin estorbarle ni pedirle nada. Pagó. Salió del local despacio, no tenía prisa.

Al sentir de nuevo el aire frío, cayó en la cuenta de que no tenía nada que hacer y por eso mismo tenía toda la tarde libre. También aquí había programado su viaje con la calma del turista. Miró al cielo. Estaba azul, luminoso. Las nubes del día anterior, que todavía oscurecieron la mañana, habían decidido mudarse. Bajo la luz del sol del verano (¿verano, con este frío?), la ciudad adquiría un colorido de postal, se perfilaban las fachadas medievales resaltándose unas a otras. Echó a andar. Él buscaba gente con la que poder hablar, había pensado este viaje como una excusa para conocer a gente con la que hablar. Y Bülböglü había resultado un conversador excepcional. Así que Manolo pensó que todo sería así, que podría abrir su alma y su mundo a otras personas. Y va y se encuentra con el japonés; también es mala suerte. Creyó que comería con él, igual que en Estambul, y que luego la tarde se haría corta. Pero solo pensar que tuviera que comer con Kurihara le hacía sentirse mal. Tenía toda la tarde, y hoy, sin nubes, parecía que la tarde sería mucho más larga que ayer.

Echó a andar. No quería buscar nada, no miró un mapa turístico, nada. Solo quería ver lo que saliera a su encuentro. Y sus pasos lo fueron trasladando de una calle a otra, hasta llegar a la catedral. Los dos edificios, tan distintos y tan hermanos, hicieron que se detuviera. Comenzó a rodearla, a caminar por fuera de ese templo griego custodiado por una torre italiana. Al fin,

se sentó en un poyete desde donde veía el grupo blanco, aún sorprendido por la originalidad arquitectónica. Inocente era arquitecto. Tantas veces, cuando iban a comer a casa de Inocente y Lola, incluso antes de nacer la niña, había pasado horas viendo fotos de edificios que Inocente le comentaba desde su punto de vista técnico y artístico. Inocente viajaba mucho. Lola también, pero menos, no le gustaba tanto. Inocente viajaba buscando edificios. ¡Qué envidia le daba a Manolo esa libertad! Y cuando envidiamos la libertad de quien puede realizar viajes a menudo, lo que envidiamos sin saberlo es su determinación a viajar, su saber disfrutar de esos días fuera cuando nosotros somos incapaces siquiera de plantearnos la escapada. Pero el ser humano nunca admite lo que no quiere, así que corremos la cortina de la libertad y pensamos que no es que nosotros no queramos, es que no podemos, y envidiamos falsamente una libertad que podríamos conseguir con relativa facilidad. Al menos Manuel habría podido.

Ahora podía. Ahora, al llegar a casa, por fin podría disfrutar de su tiempo en aquel edificio nuevo, que olía a muebles nuevos, a pintura. Tres semanas antes de volver a la oficina. Tres semanas para estar allí, libre de toda ocupación, libre de compromisos. La vista de la catedral de Vilna, con sus dos edificios sueltos, le llevó al pensamiento de aislamiento como algo bueno. Su ánimo se enderezó y notó que el optimismo ocupaba su pecho. La soledad no era tan mala, a fin de cuentas. A lo mejor volvía a esta ciudad en las tres semanas de vacaciones que tendría. ¿Por qué no? ¿Por quién no? No era una idea descartable.

Sintió frío. Eran ya las seis y media. Buscó un taxi y le indicó la dirección de su hotel.

Cenó en la cafetería del hotel. No quiso salir porque estaba cansado y porque no sabía adónde ir. Durante la cena, charló de esto y aquello con el camarero, que hablaba bien el inglés. Como no había muchos clientes, pudo dedicar un rato a la conversación. Decía que él quería trabajar en España, en la Costa Brava, haciendo paellas. Triste destino, pensó Manuel, para un cocinero que ha estudiado cuatro años en una escuela de hostelería, especializándose en repostería. Pero parece que no son iguales los objetivos de todos. El chico, al ver a Manuel bien trajeado, le preguntó con discreción si podía buscarle algún trabajo en Gerona. Manuel se rió. No había estado en Gerona en la vida. Pero conocía más de un restaurante en Madrid donde daban unas paellas sensacionales. Y le habló de la posibilidad de establecerse allí mismo, en Vilna, con un restaurante español. El joven abrió los ojos y se quedó unos segundos sin decir palabra. Parecía que esa era una opción que no había considerado. Manuel sonreía, viendo toda la ilusión que había en aquella perplejidad. Por un instante, él sintió también esa ilusión por el chico, como si pudiera abrir su cabeza y ver sin problemas lo que estaba pensando, el color de la puerta del restaurante, la decoración, hasta el olor que salía de la

cocina. Qué gusto da cuando la mente te sorprende con un momento agradable.

Con esa sensación en los labios, Manuel se levantó de su mesa y pidió que le llevaran un descafeinado y un gin-tonic al salón de la televisión. ¿Por qué no una copa? Él no bebía nunca. Mejor dicho, no tenía la costumbre de tomar copas. Alguna sí, claro, en las bodas y en Nochevieja. Pero hoy se sentía bien. Y además sabía que no tendría que dar ninguna explicación a nadie, nadie iba a decir ¡Pero bueno, Lolo, un cubata, vaya vaya...! Se tomaría aquel gin tónico sin que tuviese que pensar más que en lo rico que estaba. Había empezado así sus vacaciones. O casi.

Se sentó cómodamente en una silla con brazos cerca de la salida. Comenzó a ver el televisor sin entender nada, el canal que había emitía en sueco porque lo habían elegido unos suecos que estaban allí antes. Era algo así como un documental sobre un episodio reciente de la política sueca, creyó intuir.

Iban llegando los huéspedes solitarios y desocupados. Y llegaron también las dos rumanas matemáticas. En cuanto lo vieron, lo saludaron y él las invitó a sentarse a su mesa.

Charlaron retomando la conversación por donde la habían dejado el día anterior, una charla amena y variada. Los tres se encontraban a gusto. Las profesoras le confesaron que la jornada del congreso había sido especialmente aburrida, porque solo habían tenido ponencias y era una jornada sin visitas ni actos de confraternización, que son –dijeron- la sal de los congresos. Así que se mostraron bastante contentas de verle allí, así podrían acabar el día con alguna sonrisa.

Con alguna sonrisa y un par de copas, todo hay que decirlo. Pero, qué caramba, Manolo, no pasa nada por borrar un día dos o tres líneas del guion, por improvisar el final de una escena. Haces bien en pedirte otro gin tonic. ¿Quién te va a decir nada? No va a haber una miradita de reojo de Silvia, ni una ligerísima advertencia de Noemí (¡Papá...!), ni un comentario de ánimo de Inocente. Si te apetece, no te digas que no.

Se contaron cosas de sus países, de sus trabajos, de sus familias. Se hacían chistes inocentes. Manuel habló de su familia también, ocultando que ya no había familia. Cuando una de las dos profesoras confesó que estaba divorciada, Manuel sintió la tentación de hablar de su abandono, pero prefirió no amargarse la noche con sus lamentaciones y sus gimoteos internos.

Al cabo de una hora, el alcohol le hacía difícil encontrar las palabras en inglés y comenzaba a no entender todo lo que le contaban. Pensó que era el momento de subirse a la habitación. Se despidió de sus dos amigas con intercambio de email y de teléfonos. Él salía a la mañana siguiente muy temprano.

En el ascensor tuvo tiempo, mirándose en el espejo, de reconocer que se lo había pasado bien. Fíjate tú que no daba yo un duro por este día,



después de la entrevista con Kurihara. Y al final ha resultado que hasta me he reído y todo. Y vaya cómo se sube la ginebra. Si tengo la lengua de trapo, se dijo abriendo la puerta de la habitación.

Tuvo el tiempo justo de ponerse un pijama. Se durmió al roce de la almohada con su cabeza. Feliz.

Cuando despertó, eran las seis de la mañana. Tenía tiempo. Se incorporó y de golpe se le subió un ligero dolor de cabeza. Volvió a tumbarse hasta que se le pasara. La memoria se fue sin motivo alguno a su hija Noemí. Estaría en su piso, sola. O no, quién sabe. ¿Qué sabía él de su hija, de si tenía novio, de sus amigos, de sus costumbres? La respuesta era una confesión: nada. Antes, cuando aún vivía en la casa, todavía podía decir si volvía tarde o si estaba enferma, pero desde que se había ido, su relación con ella era simplemente nula. Guardaba silencio cuando Noemí discutía con su madre, como intentando ponerse de su parte. Pero lo que interpretaba la chica era que su padre no quería saber nada de ella. De pequeña todavía buscaba la atención de su padre, pero luego dejó de intentarlo, sabía que era inútil. Todo lo que Manuel hacía le llegaba a ella como otra señal de lo poco que quería saber de su hija. Y en el fondo, aunque Manuel no lo podía reconocer porque ni lo sabía ni se daba cuenta de nada, todo eso era la verdad.

Ahora, tumbado en un hotel de Vilna, dejando que la resaca se fuese voluntariamente de su cabeza, Manuel se acordaba cariñosamente de Noemí. Pensó en ella durante un buen rato. Ya se estaba afeitando y todavía seguía recordando conversaciones mantenidas con ella en cualquier momento. Y cuando guardó sus cosas de afeitarse en el neceser y metió el neceser en el hueco dejado para eso en la maleta, le sobrevino otra vez esa sensación de ridículo, de ser el centro de todas las miradas. No se podía decir que fuese una sensación angustiosa, pero era ciertamente muy incómoda. Venía desde dentro, nada se podía hacer para aliviarla. Y le acompañó durante el desayuno, en el taxi, en el aeropuerto.

Se sentó a esperar el embarque. A ver si le pasaba. Pero por más que intentaba pensar en otras cosas, seguía viéndose ridículo, como preguntándose qué estaba haciendo allí, en un viaje sin pena ni gloria, sin motivos ni objetivos.

El hotel de Frankfurt era bastante más soso. Un hotel en la zona del aeropuerto, lleno de ejecutivos de todo el mundo que pasaban solo una noche. Igual que él. En Frankfurt, solo una noche. Menos mal. Al hacer la inscripción en la recepción, miró de reojo por todas partes y no vio nada parecido a un TV Room. Una pena, se dijo, me gustaba a mí eso de sentarme a ver la tele rodeado de otra gente.

Como la reunión era por la tarde, tuvo tiempo de instalarse y de prepararse antes. A las seis menos cinco el taxi lo dejó en la puerta de la oficina de la compañía. En el despacho lo esperaba Helga Putz, una conocida ya de reuniones anteriores, nada de sorpresas.

Helga Putz, siempre tan correcta, lo saludó en alemán, en español y en inglés. Su sonrisa era toda una tarjeta de presentación, la simpatía de alguien cariñoso. Manuel al menos siempre pensaba en ella como en una esposa cariñosa, una madre cariñosa, una maestra cariñosa. Y eso que no sabía de ella nada, ni si estaba casada, ni si era madre, ni nada de nada. Y eso que la primera vez que habló con ella había sido hacía más de doce años, en Madrid, cuando él entró en el departamento de ventas. Debe de tener mi edad, más o menos. Si está soltera, y es una posibilidad, dada la gran dedicación que tiene a su trabajo, a lo mejor podemos entendernos. Casado en segundas nupcias con la ciudadana alemana Helga Putz. Suena bien. Pero no sé si ella querría venirse a España, es muy alemana. Claro que yo puedo venirme a Alemania. Sí, eso estaría mejor aún: yo me mudo a Alemania. ¿Quién me lo impide? ¿Qué me lo impide?

*Wie geht es Ihnen? ¿Cómo está, señor? How do you do?*

A trabajar, Manolo.

La reunión esta vez fue con tres personas. La señora Putz hizo que estuvieran presentes también otros dos compañeros. Y, hay que decirlo, fue la mejor reunión. Manuel, notando que le miraban con atención, se entusiasmó con los productos y con los planes de promoción. Pero lo mejor llegó al final. Cuando Manuel dio por acabada su exposición y esperaba que todos recogiesen sus papeles y lo despidiesen con sonrisas, se percató de que los tres habían llenado varias hojas de apuntes. Helga iba siguiendo la exposición a la vez que pasaba por su orden las páginas del catálogo y en cada una iba anotando quién sabe qué cosas. Precisamente fue Helga la primera que le hizo una pregunta. Manuel sintió cierto terror, porque nadie le había advertido de que en la sede de Frankfurt hacían preguntas y él no se había preparado nada de eso. Pero de momento la primera se la sabía. La contestó sin dificultad y hasta con cierta seguridad. Luego vino otra y luego otra, hasta que llegaron a estar más de cuarenta minutos con las dudas. Hasta Manuel comprendió cosas en las que no había reparado.

Ahora sí, ahora recogían los papeles y hablaban llenándolo todo de sonrisas. Se fueron los dos encargados y Manuel se quedó recogiendo lo suyo con Helga Putz.

“¿Ha venido solo o ha traído a su familia?”

“No, mi familia no ha venido, estoy solo.” Entonces dudó un segundo. Y siguió. “Además, mi mujer y yo nos hemos separado.”

Ya lo he dicho. ¿Estará soltera? Esta cremallera se cerraba bien esta tarde. Y el ordenador no cabe bien en la funda.

“Oh, no sabía nada. Créame que lo siento. Este es el mal de nuestra profesión. Hay muchos compañeros que se separan.”

“Nunca sabe uno cómo va a acabar el año.”

“Tiene mucha razón. Pues si está solo, puedo invitarle a que venga a mi casa. Celebramos el cumpleaños de mi hijo mayor y estará toda mi familia. ¿Le

apetece? Por el idioma no se preocupe, menos mi padre todos hablamos inglés.”

“Ah, muchas gracias. La verdad es que estoy cansado y además mañana salgo temprano para Madrid. Pero seguro que lo habría pasado muy bien.”

En el taxi, camino del hotel, se preguntaba desde cuándo estaba notando su maldita sensación incómoda de ridículo. Había comenzado cuando le dijo a Helga que su vuelo a Madrid salía temprano. Una mentirijilla, porque salía a las doce. ¿Tanto te altera ahora decir una mentira, Manolo? Pero si tú has sido el rey del disimulo, sobre todo para poder volver a casa sin pasar toda la noche de bar en bar. Y ahora te ruboriza una cosa así. No, Manolo, no es por eso. El chispazo saltó cuando pronunciaste la palabra Madrid. Con acento inglés. Al decir la palabra Madrid, todo encajó en su hueco, las cremalleras se cerraron, y tu ánimo se vino abajo. En el taxi, pensó que quizá alguien de la empresa iría a recibirlo, a lo mejor Clara, que también empezaba ese día sus vacaciones. Sería un detalle por parte del Dire.

Desde el hotel, desde su habitación, se veía a lo lejos, hacia el norte o casi, el resplandor de la gran ciudad. Cenó con unos empresarios gallegos que se alojaban allí mismo. Por suerte, tenían plaza en un avión distinto al de Manuel. Eran un poco pesados. Tomó con ellos una copa en el bar –él, acordándose de los gin-tonics, prefirió algo sin alcohol- antes de irse a dormir.

Vio la televisión sin prestar atención. El viaje se acababa y por fin empezaban las vacaciones. Además tenía la ilusión de estrenar casa. Con la imaginación, pensó en las tareas que tendría ahora, estas semanas libres, para acomodar la casa. Llamaría a Inocente, si lo llamaba, seguro que vendría. Incluso lo agradecería, porque quizá tenga ganas de verme y no se atreva a llamarme. Y llamaría, al final, cuando ya estuviese todo a su gusto, a Noemí. Podían hacer las paces y, sin exigencias por parte de ninguno, podían comenzar poco a poco a llevarse bien. A llevarse, por lo menos. Y así te fue cogiendo el sueño, Manolo. Y fue un sueño agradable, mecido por el grato sabor de la última reunión y por los dulces propósitos para las próximas semanas. Ahora solo te queda descansar. Te lo mereces. Llevas pasado un tiempo demasiado difícil.

Se levantó con la garganta agarrotada por la sensación inexplicable de estar donde no debía estar. Se tomó todo con calma, ya había acabado con sus obligaciones. Pero hasta que despegó el avión, no pudo relajarse y pensar tranquilamente en todo. En el avión completó el informe de la última reunión. Todo estaba listo para entregarlo. Lo mandaría por correo electrónico. Así ni aparecía por la oficina. Lo mejor. Directamente a su casa. A su casa nueva.

Clara no había ido a recibirlo. Ni Clara ni nadie. Conectó su teléfono agenda y llamó a la oficina. Precisamente le cogió el teléfono Clara. Que ya he llegado, que le digas al dire que le voy a mandar el informe por correo. Sí, todo bien. Menos un agente japonés que ya, ya. En el informe lo cuento todo. Se lo

dices al dire. Oye, tú también empiezas hoy las vacaciones, ¿no? Bueno, sí, mañana. Pues que te lo pases bien. Nos vemos el mes que viene. Chao.

Le extrañó darle al taxista la nueva dirección. Tuvo que mirarla en la agenda, porque no se la sabía.

La casa le esperaba. Era maravillosa. Alguien estaba cuidando del jardín de delante, si no, no se explicaba que estuviera tan bien. Tenía un sentimiento de felicidad completa cuando sacó la llave de un bolsillo de su portafolios. Abrió y entró. Bebió agua en la cocina. Se dirigió al salón y lo dejó todo en el suelo. Se sentó en el sillón orejero que giraba sobre su pie y se orientó hacia la ventana.

Al ver el mundo ahí afuera, entendió qué quería decir aquella sensación incómoda de estar equivocado, de que lo miraban, de desear salir de algún lado. Sencillamente que estaba solo.

Que estaba muy solo.